

ción de fuerzas que han sido y son necesarias para mantener el fuego sacro en este inmenso bullidero.

No hay más que ver en librerías innumerables la inundación de obras que llueven como un diluvio de letras, pasan de mano en mano, recorren la ciudad de parte á parte, hasta morir en la baranda del muelle del Instituto ó vivir en algún rincón de biblioteca ; los centenares de imprentas que hace mover la fuerza del pensamiento ; los miles de cuadros que de los talleres se lanzan á las exposiciones continuas, á los estantes de las tiendas y al mundo entero ; las múltiples manifestaciones del arte aplicado á todo. No hay más que entrar un momento en cualquier tertulia, para oír las eternas discusiones del libro lanzado á la venta, del artista á la moda, de la comedia recientemente estrenada, del cuadro de sensación, de todo lo que sea fruto de la humana inteligencia, y oír el choque de la batalla defendiendo cada cual su escuela, detallista, independiente, simbolista, impresionista, decadente, ó lo que sea, con el amor del que se siente arraigado á una idea y la defiende con valiente entusiasmo.

Por todas estas impresiones y muchas más se va pasando á la llegada. Alegres unas y otras tristes, todas llevan al corazón algo de una emoción, algo que nos abrumba con el peso de lo grande y que hace que nos sintamos pequeños y como perdidos en este mar de gente, que va y viene y pasa y vuelve á pasar sin reposo, en cuyo hormigueo ni una cara amiga encuentran los ojos ni el alma una sonrisa conocida.

XI

La Sociedad protectora de animales y plantas

Si bien tenemos gran confianza en los refranes, por ser valiosos documentos que datan muchas veces de aquellas primeras páginas de la historia en las que no pasaba nada, no siempre seguimos sus consejos. Lo de *Si vols está ben servit, feste tu mateix el llit*, por ejemplo, podrá ser máxima prudente, sapientísima, saturada de conocimiento del humano corazón, pero que llevada á la práctica tiene inconvenientes gravísimos.

El hombre, haciéndose la cama, á más de apropiarse las atribuciones propias del otro sexo, generalmente duerme mal, ya porque encuentra más pliegues en las sábanas que en manto de matrona romana, ó porque siente el jergón que se inclina del lado de una libertad mal entendida, ó por otras múltiples causas y razones que, aunque lo son, no las pongo por si acaso no lo fueran.

Estas reflexiones nos hicimos un día ya lejano, una tarde ó una mañana de otoño ó primavera que, previos informes, tomamos un ama sin llaves, con la misión expresa y delicada de desmentir aquel refrán primeramente, y luego de venir dos horas todos los días y emplearlas en cuidarse del ajuar, mobiliario, buen orden, aseo y compostura del molino, de no cuidarse de nosotros y de disputar con plan-

chadoras, lavanderas, carboneros y demás visitas de cumplido de la casa. Esta mujer motiva hoy este artículo.

Es ella (la mujer, cuidado) arrugada, vieja, pobre y fea, y fué en otro tiempo, ¡ ay !, tersa, *joven*, rica y guapa, tal como suena. Ni una muela se sostiene ya en el desierto de su boca, poblada un día de dos líneas de conchas ; ni un cabello negro asoma entre la blancura de su testa, que fué un día de una obscuridad inadmisibile por la pintura puntillista ; ni un asomo, en su cuerpo decaído, de aquella augusta belleza que tuvo y que, por desmentir otro refrán de los más acreditados, no ha sabido retener.

Porque esa antigua sirena, ese ángel caído y no levantado, fué mujer que en su época andaba tratada por los kioscos como modelo de físico inmejorable ; que cantaba en el teatro bien ó mal, pero siempre admirada de todos y cortejada por su parroquia de los palcos próscenios ; que tenía coche propio y propias joyas ; que se codeaba con lo selecto entre lo más escogido de la *crème* del galanteo ; y que era mariposa de lujo y lucimiento, sin más materia gris en su cráneo que la estrictamente precisa para colorear la estopa de su gallarda cabeza.

Pero pasa la juventud, y aquel sol se apaga cuando es un sol de petróleo, y como tal era el de la mimada diva, quedóse sin dinero, sin belleza y sin talento, en los últimos peldaños de su histórica existencia.

Pero ¿ esto qué tiene que ver con los animales y las plantas, ni con la sociedad protectora ? Paciencia, lector, y no te alteres. Tiene que ver que la que

tan afortunada fué entre los protectores de mujeres cuando joven, tuvo que acudir, cuando vieja, á los protectores de animales ; que la que vivió entonces de los hombres perezosos, tiene que vivir ahora de diez duros mensuales que la sociedad le paga, para alimentar á catorce canes vagamundos recogidos de la calle ; que la que tuvo vida tan halagüeña, hoy tiene vida de perros.

Tal vez te parezca exagerada esta caída, pero no lo es : tratándose de la desgracia, créelo todo, que todo es posible cuando es malo, y nunca sabrá la imaginación combinar realidades tan amargas como las verdaderas. Hay tantas clases de miserias como clases de locuras en el mundo, y si queremos copiarlas con amor á lo sincero, siempre la nota parecerá negra, por poco que á la sensación de la verdad se aproxime el que describe.

La verdad aquí es que nuestra vieja anda todo el día azorada como una bruja auténtica y va y viene por estas pendientes de Montmartre, persiguiendo á todo bicho perruno que no tenga domicilio, y que corre como una loca (que ya lo está) á caza del *personal* que le falta, para hacer el cómputo de sus catorce pensionistas. Animal que encuentra husmeando sin rumbo fijo, con la mirada vaga de bohemio que no ha comido, es perro al saco. Nuestra *ex-lorette* no tiene ni puede tener contemplaciones, porque le va en ello la renta, que el inspector es hombre serio con el hombre, si bien cariñoso con la bestia, y como pasa revista escrupulosa, en el momento menos pensado, hay que presentar los protegidos en número completo, limpios de polvo y paja, formando con

orden bajo el techo de la casa que les sirve de colegio.

Y ¡ qué casa! y ¡ qué desorden en ella, á pesar de tan rigurosa disciplina! Figúrate, lector, bajo un techo de tablas, parecidas á los restos de un naufragio, una cocina pequeña como un confesionario y una salita no tan grande todavía; figúrate un interior sin espacio, con los menos muebles posibles, y llena este nido funerario con catorce perros callejeros. Imagínate estos catorce diablos, pequeños unos, no por voluntad, sino por cruce, delgados otros á la manera inglesa, con gran lujo de nervios y triste escasez de carnes, velludos algunos vistos de frente, de perfil y de todos lados, sin orejas los más, y muchos sin cola, todos desnaturalizados y miserables, todos hijos de la casualidad y de la más completa anarquía de instintos, acurrucados por los rincones, subidos sobre la mesa, empinados en los estantes, alegres y endemoniados, esperando las horas de comida, que son las veinticuatro, y te formarás idea de lo que es aquel cuadro de familia. Pero de lo que estoy seguro es de que nadie es capaz de presumir ni vagamente el clamoreo que allí reina, apenas asoma un hueso ó plato de substancia alimenticia. Aquello es insensato, abrumador, desgarrador é inenarrable. Son todas las voces inacordadas de una escala cromática sin peldaños, resonando allí como la bacanal de una hidrofobia incurable; es el patio de una garduña; una corte de los milagros; la casa de mala educación de la perrería sin raza ni modales; el colmo de una incoherencia rabiosa.

El amor al prójimo no bastaría para vivir en aquel *moridero*: al contrario, hace falta cierto nuevo

sentimiento, que puede ser una mezcla de repugnancia del prójimo y de amor enfermo á los demás seres de la creación, para vivir entre aquella caterva de pupilos de la sociedad protectora; porque si diez duros miserables bastan para estos colegiales, á la pobre mujer no le bastan para vivir sin hambre, como no mejoren los tiempos; y como teme que no han de cambiar, en los rincones de su alma se ha formado la resignación más ó menos cristiana, que con la ayuda de una cría de conejos, que ha formado en los rincones del huerto, le sirve de refuerzo para seguir capeando la existencia.

Pero en esta cría de conejos está la mayor contradicción de aquel alma, de esta pobre mujer: cuida los perros para darles vida; cría los conejos para entregarlos á la muerte. ¡ Fíese el lector de las apariencias compasivas!

No se vaya á creer que esos conejos sean de los vulgares de Europa, sino de raza de las Indias, ¡ los tiernos animalitos! Son blancos, inofensivos, y sirven, disecados, para adorno sobre la mesa de una salita cursi. Vivos y bien criados los vende también esta mujer á la clase de sabios que, en sendos microscópios, estudian los usos y malas costumbres de los microbios y otros seres, que por lo invisibles escapan á la protección de la Protectora, imposibilitada de toda iniciativa con los tales microbios, por no saber á quién protegen; Anda, qué buena contrariedad le cuestan!

Una vez los conejos en poder del naturalista observador, pueden dar un adiós eterno á la salud y despedirse de los bienes terrenales, pues el porvenir que les aguarda es capaz de hacer llorar y perder el

apetito al conejo más pintado, por indio y aguerido que sea. Vacunados, hoy del tifus, mañana del cólera, más tarde del sarampión ó de la rabia, todos los días cambiarían de males, si la muerte no les saliera al encuentro. Su destino es servir de recipiente de microbios y morir de enfermedad reconocida ; padecer del hígado ó del estómago, del corazón ó de los pulmones, según el experimento de que son víctimas, y servir de lazo entre la bestia y el hombre, con gran detrimento de toda estricta justicia.

¡ Ah, lectores ! Mientras rueda el planeta por los aires, por sociedades protectoras que se funden, se cometerán injusticias con los pobres animales ; mientras no exista una igualdad que es imposible ; mientras los haya fuertes y débiles, torpes y astutos, mordidos y mordedores, habrá bestias felices y desgraciadas, que en el mundo siempre el fuerte se come al flaco sin viceversa posible.

Es imposible de todo punto buscar el bienestar de los irracionales, cuando no se ha encontrado todavía (y es difícil que se encuentre) la felicidad del hombre, con perdón sea dicho de quien corresponda. Bueno es que protejamos los buenos bichos, cuando son buenos, pero que sepamos en qué forma los protegemos ; porque no hay nadie que pueda asegurar, ni aun ellos mismos, si es más feliz el león dentro de la jaula, que llamamos prisión los hombres, que el león que disfruta del hambre y de la libertad del desierto ; si es más desgraciado el perro bohemio, buscando la comida en las esquinas, que el galgo faldero que duerme en cama propia, anda en coche,

se alimenta de azúcar y bizcochos y tiene lo que no tienen centenares de seres bien racionales.

Muy apurados deben de andar los de la sociedad protectora si quieren penetrar estos secretos y hacer el bien con equidad y sin miramientos de razas, que en este particular los pueblos han incurrido en graves contradicciones. Los egipcios protegieron el gato como animal sagrado, adoraron el buey Apis como un dios y diéronle vida de príncipe, y aun los cocodrilos, en vez de prestar la piel para petacas, fueron guardados como oro en paño, fueron momificados lo mismo que los mismos Faraones. En ciertos pueblos salvajes (fijarse en mi erudición) veneran bestias dañinas, que nosotros perseguimos ; aquí criamos aves que consideran ellos de mal agüero ; y mientras hay quien recoge perros perdidos y les busca casa de huéspedes confortable, otros los persiguen con carretones y venenos.

De todos modos, y perdón si ya va en serio, esos hombres dedicados á una protección que no es *fin de siècle* ni propia de los tiempos de egoísmo que corremos, me inspiran entre lástima y simpatía. Son gente filantrópica por excelencia y de instintos delicados ; demuestran amar la naturaleza y son dignos hijos de ella ; son temperamentos que se alejan en algo de la vulgaridad que nos inunda. Y, sobre todo, lo que asoma de las más recónditas fibras de su ánimo es un apartamiento del hombre por el hombre, un desapego á la humana criatura preñado de misteriosos desengaños que excitan la simpatía y la compasión ; un fondo de amarga melancolía, un afán de encontrar entre las bestias y las plantas el noble agradecimiento, el amor sin egoísmo, que tan

raro va siendo entre nuestros semejantes, que no es menos simpático.

Protegen por proteger ; y, á pesar de lo dicho, hacen bien, que si es verdad que muchas veces se equivocan en sus medios, otras aciertan. Ejemplo es la mujer que hemos descrito. Tratándose de proteger cuatro perros, han protegido una planta ; una planta marchita por el huracán del mundo, una flor de París que, sin estos nobles y generosos maníacos, moriría olvidada en un montón de inmundicia.

XII

Las canciones de Montmartre

Creo de todos los asuntos que, antes de conocerlos á medias, es preferible no conocerlos á secas.

Si se tienen conocimientos profundos de una materia, se hablará con un criterio maduro que podrá ser de gran provecho al que escuchare ; si, al contrario, no se tiene de ella noción ninguna, se dará la nota ingenua de la ignorancia bajo la sensación recibida directamente, y esta imparcialidad instintiva tendrá el valor de un juicio no subordinado á ninguna escuela creada ; pero si solo se tienen noticias ajenas y éstas son de una erudición mal digerida, no se sacará nada en claro.

Digo esto, á más de porque así lo creo, para excusarme de que me meta en camisas de once varas, y

luego porque considero honrado declarar, antes que el lector lo note por cuenta propia, que las cuestiones de música, de las que voy á tratar, son una de las cosas innumerables de las que no entiendo una jota.

Y, sin embargo (lo que vale á veces la ignorancia), así como la música sólo gusta á los inteligentes cuando es buena, á mí me gusta también cuando es mala, si está de acuerdo con el estado de mi ánimo, es decir, si se acomoda á las circunstancias en que la escucho. Las mismas notas en día gris de invierno, me producen efecto completamente distinto que en pleno sol de julio ; el mismo ronco cantar de un organillo destemplado, que á veces recibiría á cañonazos, otro día le veo llegar con la alegría con que se aguarda el cartero ; hasta el toque de un cornetín estridente y destemplado llega á tener para mí raro atractivo en el negro y misterioso escenario de la noche.

Y es que la música la quisiera siempre con fondo, pero con un fondo que fuera su medio ambiente. La quisiera, á ser posible, al aire libre siempre ; que su armonía en armonía estuviera con la misma Naturaleza, que fuera una nota más del aire y del paisaje, que del paisaje hiciera sentir goces y tristezas, y que cantase con él y con él estuviese unido en estrechos lazos.

Amo, además, beberla al pie mismo de la fuente donde mana y oírla al pie de su misma cuna, porque un cantar de Andalucía sin aquel sol de fuego envuelto en un cielo azul, resulta un flamenco sudado y tabernario y pierde todo el aroma de su dorada tierra ; un zorcico sin la sombra del árbol de Guer-